

Nevera de la Sierra de Vicort, Zaragoza (mayo del 89). Foto: José Luis Ona

Una industria milenaria desaparecida Neveras y pozos de hielo en Aragón y (2)

En esta segunda y última entrega, el autor de tan interesante «documental» sobre la industria de la obtención, conservación, acarreo y distribución de la nieve y el hielo en Aragón, nos adentra en las pacientes —y con frecuencia penosas— labores desempeñadas por todo un ejército de trabajadores, intermediarios, comerciantes, etc., unidos por el común empeño de sacar el máximo rendimiento económico y social a un recurso tan escaso y perecedero como el agua en estado sólido. Una ardua tarea, en suma, que hoy se nos antoja casi inconcebible.

José Luis Ona
Historiador

El pozo para guardar la nieve o el hielo fue, frente a los «ventisqueros» y otros sistemas de recogida, el que obtuvo mayor predicamento en tierras aragonesas. Su denominación varía según las diferentes comarcas; coexiste la más común de «nevera» (alguna vez sus derivados «nevero» y «neverón») con el de «pozo» o «puzo» (especialmente en la zona prepirenaica). La docu-

mentación histórica, por su parte, ofrece nombres como «pozo del yelo», «pozos de echar nieve» y, para dejar bien claro su carácter de pozo mixto, un documento de 1734 nombra al de Villamayor como «el pozo del hielo o nieve».

Aspecto importante era el de su ubicación. Las «neveras de montaña» se sitúan, en general, en las umbrías o «pacos» de las cordilleras, donde la nieve precipitada se conserva más tiempo y la insolación



Nevera de Used, Zaragoza (1998). Foto: Esperanza Díez Tena.

«Para que la nieve recogida durante el invierno se conservara con éxito hasta el verano era menester resguardarla del calor, la lluvia y el viento»

es menor. Los «pozos mixtos», en cambio, más propios de las llanuras del valle del Ebro, buscan la proximidad de ríos, acequias, balsas o barrancos, en donde se suelen construir las «heleras». No obstante el contacto directo o indirecto con el agua era perjudicial para el hielo empozado: tenían problemas los cartujos de *Aula Dei* con su pozo de los Guarales, pues si se descuidaban los regadores se introducía el agua en su interior. El pozo de Monzón (impresionante por sus dimensiones: 14 m. de profundidad y 10 m. de anchura) sufrió desde el principio ese problema, pues «está junto al remanso del molino i le es mui dañoso porque en el verano el calor que el agua arroja de dicho remanso se conoce que por aquella parte se aparta mucho el ielo de la pared».

La capacidad de los pozos se calculaba por «arrobas» (1 @ = 12,6 kg) o «cargas». En Fuendetodos, cuyas neveras suelen tener unos 6 m. de diámetro y otros seis de profundidad por término medio, el único pozo que cargó nieve durante el invierno de 1825-26, y sólo hasta la mitad de su cabida, se estimó que contenía «unas mil arrobas poco mas o menos» (12.600 k. aproximadamente; 25.200 k. a plena capacidad).

Para que la nieve recogida durante el invierno se conservara con éxito hasta el verano era menester resguardarla del calor, la lluvia y el viento. Tanto como a los lógicos estragos del sol se temía al viento, de tal manera que en algunos

pozos procuraban colocar sus puertas y desagües evitando el «bochorno», que se consideraba muy perjudicial. El pozo de Sesa (Huesca), por ejemplo, tenía «para desempoçar una entrada con tres puertas encontradas para que no pueda entrar el viento» y el de Zuera «dos ventanas mui crecidas a un nivel dos baras una de otra, a modo de puerta de calle i açaguan, que la primera conserva la segunda para defensa del aire».

La gran mayoría son de planta circular u ovalada («redondos»), al igual que sucede en el resto de zonas productoras próximas (en el antiguo Reino de Valencia de los 284 ejemplares recientemente catalogados sólo 10 se apartan de la planta circular). Pero hubo también otros de planta cuadrada o rectangular (los de Monzón, Barbastro, etc.), sin que se pueda advertir, de momento, si estas excepciones obedecen a criterios cronológicos, variantes comarcales o causas topográficas.

Mejor de bóveda...

Tan importante como el propio pozo es la cubierta. Se prefería construirla de bóveda, mediante arcos, o con cúpula por aproximación de hiladas. La descripción que Sebastián de Pueyo realiza hacia 1655 sobre diversos pozos de la Tierra Plana oscense, publicada por Federico Balaguer, lo certifica. El pozo de Loporzano, cubierto con simple tejado «dicen será mejor con bobeda». El de Barbastro, mitad con bóveda y la otra mitad con tejas «allase por conveniente que todo sea bóveda», y el de Zuera, también con tejado, «todos concuerdan que es mejor de boveda».

La razón de estas prescripciones es bien fácil de comprender. Una sencilla cubierta de tejas, aunque barata, es un aislante térmico poco eficaz y está expuesta a continuos deterioros y peligros de derrumbe, como le ocurría al pozo zaragozano de las Balsas de Ebro Viejo. Por el contrario existen ejemplares de doble cubierta, la interior de bóveda y al exterior tejado de losas de piedra o tejas; el espacio intermedio, en estos casos, solía albergar los utensilios para el trabajo en el pozo, así como reservas de paja destinada al aislamiento y conservación del hielo.

Sacar el agua

En una buena nevera tampoco podía faltar el correspondiente sistema de desagüe o drenaje. Pese a las precauciones que se seguían por cerrar los vanos o en la compactación metódica de la materia prima, no se evitaba el proceso natural de licuación. El agua procedente de la fusión de hielo podía echar a perder buena parte del contenido del pozo. La solución vino de la construcción de desagües practicados desde el fondo hacia el exterior. El mentado Sebastián del Pueyo, en su informe, habla del «espiradero» del pozo de Lalueza «por donde expele el agua», aunque se estimaba defectuoso al estar de cara al bochorno. El de Sesa, construido en llano, hubo de dotarse de un «contrapoço mas hondo para despídida del agua».

Cristóbal Arnal, conocido «arrendador» del abasto de la nieve de Zaragoza hizo construir poco antes de 1775 «una olla para el despedidero de las aguas que destila el yelo, de seis palmos de profundidad, tres de luz y su pared [de] tres palmos de ladrillo y yeso en circulo» en el pozo de Ebro Viejo, tras demoler el viejo desagüe, que era de tierra.

Incluso el pozo de hielo clandestino que el albañil Ramón Sesma hizo para el botillero Josef Ximeno hacia 1773-74 en su establecimiento zaragozano contó con el correspondiente «escorredero». Lo compuso el peón Joaquín Colodro y vertía las aguas procedentes del hielo al «lugar común» o retrete de la casa. Curioso precedente de higiene doméstica y nuevo ejemplo de que en aquellos tiempos nada se desperdiciaba.

Hubo otros sistemas de drenaje más sencillos y económicos. La reciente limpieza de dos neveras en Fuendetodos han ofrecido sendos ejemplos documentados en otros lugares. En la nevera del Calvario se practicaron tres canalillos radiales en la roca del fondo con el fin de conducir el agua a una poceta central. En cambio en la nevera de la Roza, con suelo arcilloso, se optó por habilitar un enlosado irregular y permeable por cuyos intersticios se filtraba el agua hasta el fondo.

El sistema de «emparrillado», a base de troncos colocados sobre el suelo del pozo,

también debió de utilizarse en Aragón como drenaje de ciertas neveras.

El tiempo oportuno

Llegado el invierno, sólo había que esperar que la estación fuera propicia. Las nieves solían ser bien recibidas en el campo y un buen puñado de aragoneses compatibilizaban las tareas agrarias con una participación más o menos directa en la industria de la nieve. Por doble motivo los agricultores de Fuendetodos que eran dueños de pozos confiaban ver sus campos cubiertos de blanco. Los de Sarsa y Linás de Marcuello, en cambio, no se conformaban con esperar. Sus pozos abastecían de nieve a La Galliguera y Tierra Llana y cuando la nieve se retrasaba acudían a implorarla ante la imagen de Nuestra Señora de Marcuello, advocación que además del «beneficio precioso de la lluvia» añadía el de la nieve, al decir del Padre Faci.

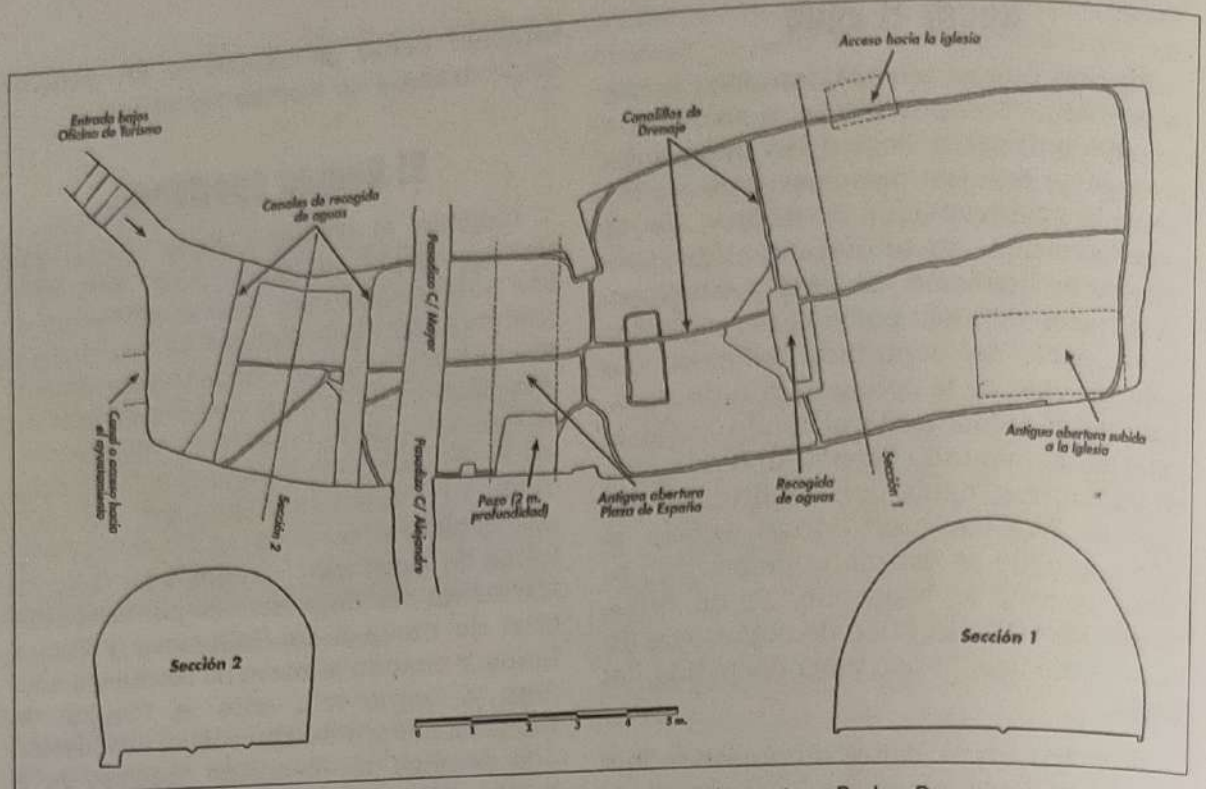
Una frenética actividad envolvía neveras y pozos de hielo durante el invierno. En el Moncayo, por ejemplo, los operarios debían de trabajar junto a la misma cumbre en condiciones muy penosas. Primero había que limpiar los pozos y seguidamente prepararlos para su empoce («cojer los pies para poder hazer el enzierro»). En la limpieza previa de los que tenía allí arrendados Bernardo Castillo se emplearon de 10 a 18 peones diarios entre el 1

«El pozo de hielo clandestino que el albañil Ramón Sesma hizo para el botillero Josef Ximeno hacia 1773-74 contó con el correspondiente «escorredero»»

Nevera de Alcañiz, Teruel. Foto: J. A. Benavente.



«Acudían a implorarla ante la imagen de Nuestra Señora de Marcuello, advocación que además del "beneficio precioso de la lluvia" añadía el de la nieve»



Planta y secciones de la «nevería» de Alcañiz, Zaragoza. Según José Antonio y Pedro Benavente.

y el 13 de diciembre de 1714, para cuyo trabajo se compraron seis azadas, veinticuatro espuelas y doce palas.

La nieve recogida se introducía en las neveras por uno o varios vanos («ventanas») y en el interior se apelmazaba meticulosamente. Para ello los peones se auxiliaban de mazas o «pisones», como los tres que el concejo de Perdiguera mandó hacer nuevos en 1787 «para apretar la nieve» y que costaron 8 sueldos.

Con ser penosas las condiciones de trabajo en las «neveras de montaña», el coste económico de las tareas de empozar la nieve se consideraba menor que las efectuadas en los pozos de hielo. Así lo entendía el Ayuntamiento zaragozano en 1804: «El acopio [de nieve o hielo] en esta Ciudad es muy dispendioso por el sobreprecio de los jornales, porque los depósitos de la Nieve no están como en Moncaio en disposición de recibirla con poco o ningún auxilio de los trabajadores».

En efecto, mientras que la nieve se amontonaba a modo de ventisqueros en las mismas puertas de las neveras montañosas, recolectar el hielo requería de tareas más prolijas. Veamos al respecto lo que se precisó un día cualquiera del invierno de 1715 para llenar el zaragozano pozo de hielo del Cascajo.

Día 23 de enero de 1715:

10 peones para cortar el hielo, a 6 sueldos cada peón.

18 peones para pisar el hielo en el pozo, a 5 s. 6 dineros.

70 peones para cargar y descargar el hielo, a 4 sueldos.

6 sobrestantes para cuidar y disponer el encierro, a 8 sueldos.

Al regador que cuida de llenar las balsas, 8 sueldos.

8 carros para acarrear el hielo, a 1 libra jaquesa.

97 «bagajes» (caballerías) para lo mismo, a 8 sueldos.

4 cántaros de vino para refresco de los peones, a 6 sueldos el cántaro.

Al día siguiente se incrementó, doblándose, el número de peones, carros y caballerías y el día 25 se llamó a un oficial albañil y sus cinco ayudantes para recomponer con urgencia una de las paredes del pozo. Otros cuatro peones acondicionaban los portillos de las balsas o heleras.

El trabajo continuó los días 26, 27 y 28. Para esta ocasión se adquirieron 104 espuelas nuevas y se utilizaron «ganchos» (para cortar hielo en las balsas) y «mazos» (para apisonarlo en el pozo), además de «otros maneficios».

El trabajo de cortador requería habilidad y experiencia y su jornal era de 6 s. diarios, poco más que el de pisador, tarea ciertamente penosa realizada en el interior del pozo, a muy bajas temperaturas y en contacto continuo con el hielo. La figura del «sobrestante» era esencial para organizar todo el proceso, asegurar el orden y cuidar de que todo se «executase en la forma debida». De lo contrario podía ocurrir que buena parte del hielo se deshiciera, ocasionando posibles desabastecimientos. Así ocurrió el año 1800, cuando el arrendador zaragozano llenó cinco pozos deprisa y corriendo con «excesivo número de jornaleros y carruajes».

«A vecinal»

En los pueblos más pequeños la tarea de llenar el pozo normalmente se realizaba mediante trabajo comunitario, «a vecinal», («leva» en el Villar de los Navarros). Los concejos solían tener el detalle de ofrecer pan y vino a los participantes. Más espléndidos los del ayuntamiento de Perdiguera, en 1787, añadieron al «refresco» habitual siete docenas de sardinas y dos almudes de nueces. A cambio los vecinos compraban la nieve durante el verano a precios simbólicos, o la tomaban gratis, como en Las Pedrosas.

Pero no todo era paz y sosiego. En el invierno de 1785 se planteó en Villamayor un espinoso asunto que obligó a los señores del ayuntamiento a congregarse el mismo día de Navidad. Había nevado en abundancia y se aprovechó para llenar el pozo, «y se hizo de Común por los vecinos, como de tiempo inmemorial se ha practicado, concurriendo igualmente los Ynfanzones», excepto los carros de la señora viuda de D. José Alavés y de Francisco Láinez. Se les impuso una pena de diez reales, como se había avisado por bando público, y al ir el alguacil a cobrarla respondieron «que no les correspondía ir a empozar por ser exemptos». A los días se determinó tomarles sendas prendas y el asunto acabó elevándose ante el Real Acuerdo, como era de esperar. La viuda de Alavés, Láinez y D. Matías Castillo, que se unió a la protesta, además de reivindicar su condición de privilegiados infanzones, exentos de determinadas cargas concejales, protestaron por la injusticia que, a su

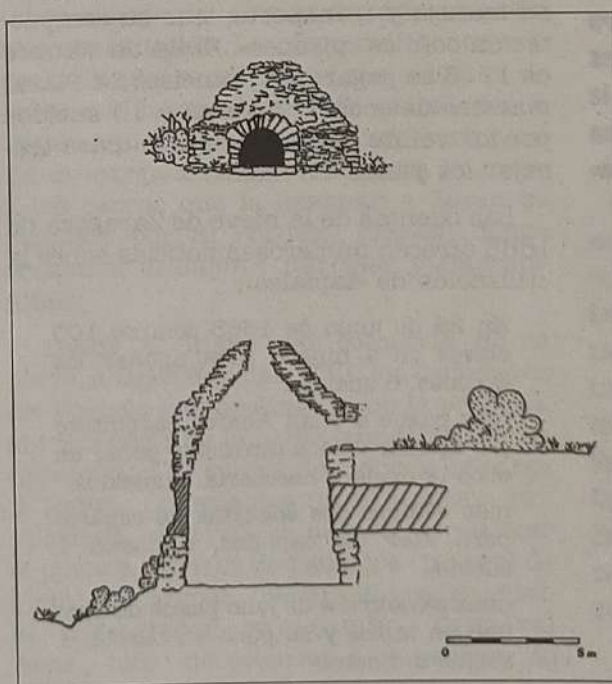
juicio, suponía para todos los vecinos verse obligados a comprar el hielo que habían empozado con «el sudor de su rostro».

El ayuntamiento en su respuesta recuerda la práctica inmemorial de empozar la nieve los vecinos, «asi del estado llano, como Ynfanzones», y señala que todos se benefician del sistema empleado «en razon del precio» que adquieren la nieve y que cuando «por razon del tiempo y otras no puede lograrse el empozar Nieve en Villamayor, se lleba de Zaragoza» y «que quando se empoza en el Lugar se tiene y logra por la sexta parte del precio» que cuando se trae de la capital. El ayuntamiento entiende, además, que siendo el beneficio general lo es mayor para los infanzones «porque con motivo de ser sus casas de las mas principales, y los huéspedes que muchas veces tienen, gastan sin comparacion mucha mas nieve que los otros vecinos, y señaladamente mas que los pobres del pueblo, que apenas la compran jamas».

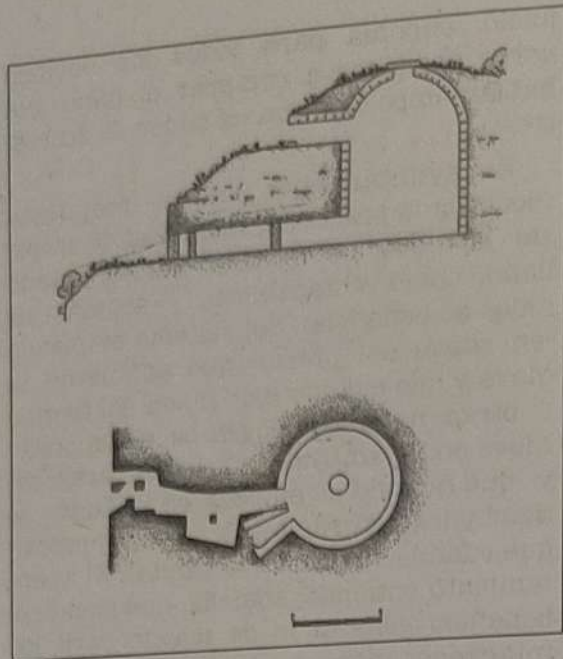
«Hacer panes»

El trabajo de «desempezar» suponía las siguientes tareas: a) sacar la nieve del pozo, b) «hacerla panes» y c) transportarla hasta las tiendas o «neverías».

Nevera de Casbas Huesca. Por A. Painaud y P. Ayuso.



«El ayuntamiento en su respuesta recuerda la práctica inmemorial de empozar la nieve los vecinos, "asi del estado llano, como Ynfanzones"»



Pozo de hielo de Vicién, Huesca. Por A. Painaud y P. Ayuso.

La «pasta» del hielo se recogía del interior del pozo con azadas llamadas «soteras». Con el auxilio de espuertas y capazas se sacaba al exterior a hombros o con carrucha. El 5 de octubre de 1718 se pagaron 8 libras j. al cestero Joseph Lázaro por diez docenas de espuertas que hizo «para sacar el hielo» de los pozos de las comunidades eclesiásticas zaragozanas. El siguiente día 24 recibió el esportonero Matías Sanz 5 libras por doce sogas de esparto y veintiún capazos para lo mismo.

«Una vez en el exterior se hacían los panes» de hielo. Para ello se utilizaban unos moldes de madera llamados «tapias» que le daban la forma adecuada»

Una vez en el exterior se «hacían los panes» de hielo. Para ello se utilizaban unos moldes de madera llamados «tapias» que le daban la forma adecuada, para su manejo y transporte, tras su compactación con los «pisones». El 24 de octubre de 1718 se pagaron a Francisco La Plaza, maestro de coches, 3 libras y 10 sueldos por los veinte pisones que hizo «para trabajar los panes del hielo».

Las cuentas de la nieve de Zaragoza de 1665 ofrecen numerosas noticias sobre la utilización de «tapias»:

En 26 de junio de 1665 compre 100 clavos de a dinero para apanar los tapias. 6 sueldos.

mas pague a Juan Abarca carpintero por apanar dichos tapias y poner en ellos la madera necesaria. 9 sueldos.

mas compre dos soguetas de esparto para atar los tapias, costaron 1 sueldo».

«mas savado a 4 de julio pague de apanar un tapial y se puso un barote. 1 sueldo 8 dineros».

En 1775 se le ocuparon al botillero Joseph Ximeno dos panes de hielo; uno ya estaba hecho y el otro «dentro de los mismos tapias cubierto de un poco de tamo o paxa menuda, al parecer recién fabricado». Un registro posterior en la paridera que fue de los jesuitas, junto a la Cartuja Baja, descubrió «4 panes de yelo» y un pedazo de «yelo en pasta», además de las tablas de un tapial para hacer panes, una capaza y dos cestas de cañas.

El «pan» no constituía ninguna medida ponderal. Tenía peso variable, según la procedencia de la nieve, el sistema de transporte empleado y las «mermas» ocurridas durante el viaje.

La nieve que trajeron a Zaragoza en 1665 los carreteros de Fuentetodos desde las neveras de Herrera y Villar de los Navarros se contabilizó por «panes» de unas 11 @ cada uno (138 k. aprox.). Si la carretada venía llena cabían cuatro panes (unos 454 k. en total).

Sin embargo, y para ese mismo año, los «panes» que se hacían en el pozo zaragozano de Santa Engracia con destino a las neverías de la ciudad pesaban casi la mitad, unas 6 @ de media (75,6 k.). La razón es sencilla, en este caso el transporte se realizaba a lomos de caballería y los trajineros contratados solían cargar cada animal con sendos panes. Años después, en 1718, el peso de los panes zaragozanos había descendido a una media de 4 @ (unos 50 k.), mientras que los 27 panes que guardaba en un sótano el arrendador zaragozano Antonio Cortés, en 1765, pesaban 5 @ cada uno.

Nevera de Villar de los Navarros, Zaragoza (agosto del 98). Foto: José Luis Ona.



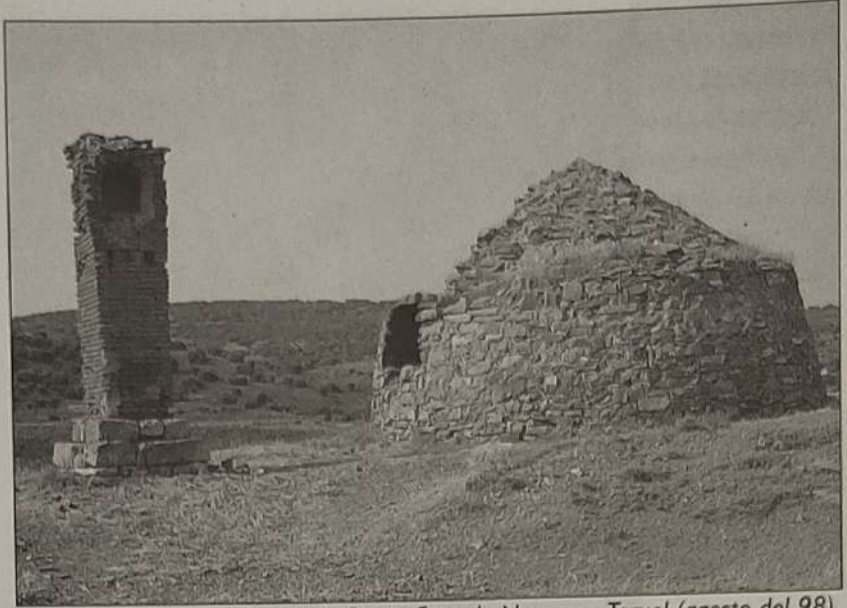
Los caminos de la nieve

Si la distancia desde los pozos urbanos a los puntos de venta era relativamente corta, y a veces inexistente, no ocurría lo mismo cuando se traía el hielo desde las neveras de montaña. En estos casos los portes encarecían notablemente el producto. Para el trienio de 1-I-1799 a 31-XII-1801 el arrendador pagaba 30 dineros (1 sueldo y 14 dineros) por arroba de nieve del Moncayo puesta en Zaragoza. Los carreteros del Pozuelo ajustaron el porte desde Ambel a 3 sueldos y 4 dineros la arroba, a lo que había que añadir un real de plata (2 sueldos jaqueses) «por la paja de cada carretada». Se calculó que «la Nieve de Moncayo le esta al Arrendador puesta en Zaragoza a 5 sueldos 3 dineros [0]. Es decir, los portes casi triplicaban el coste de la nieve.

La nieve que se trajo desde Herrera de los Navarros hasta Zaragoza en 1665 se contrató a un sueldo la arroba. Las 506 @ (cerca de 6.400 k.) resultantes costaron 25 libras y 6 sueldos, mientras que los carreteros de Fuendetodos que la transportaron cobraron en conjunto 54 libras y 7 sueldos, casi el 70 % de la operación, la misma proporción que para la nieve que trajeron del Villar.

De todos los caminos que se utilizaron para su transporte hubo dos muy transitados durante la época dorada de este comercio. El de Fuendetodos aprovechaba la red viaria preexistente y antes de la nieve fue utilizado por las carretas cargadas de «piedra caracoleña» que desde las canteras fuendetodinas abastecían a la capital. Se trataba de un camino carretero desde su origen; partía de Fuendetodos rumbo a Jaulín, cruzaba la Huerva por el «Paso de los Carros», y en María entroncaba con el camino real de Madrid y Valencia, que seguía hasta Zaragoza. En total 8 leguas (unos 45 km), «una jornada de invierno», de cómodo andar salvo tiempos de lluvias torrenciales.

Poco antes de la Guerra Civil, Joaquín Salueña, el tío «Pintamantas», uno de los últimos neveros de Fuendetodos, solía transportar en su carro la nieve hasta los cafés zaragozanos en un armazón de madera delgada forrado de cinc que recordaba los antiguos «tapiales». Según testimonio de su hija Josefa, el armazón



Nevera de Santa Cruz de Nogueras, Teruel (agosto del 98).
Foto: José Luis Ona.

se cerraba «como una maleta» y la nieve llegaba sin apenas mermas. El tío «Pintamantas» salía de Fuendetodos sobre las dos de la madrugada y llegaba a la capital hacia las 10 o las 11 de esa misma mañana. Además de nieve, transportaba queso de cabra, requesones y otros productos de la tierra y de retorno subía verduras y coloniales. Iba acompañado de alguno de sus perros, pues todavía a principios del siglo XX eran frecuentes los encuentros con ladrones y salteadores de caminos.

El «camino de la nieve» del Moncayo era más largo (12 leguas desde Ambel) y un tanto alejado de las vías de comunicación más transitadas. La nieve del Moncayo y de la Tonda se transportaba a lomos de caballería hasta término de Ambel, donde llegaban los caminos aptos para carruajes. En el «cargadero» se trasvasaba la nieve a los carros que la llevaban a Zaragoza pasando por El Pozuelo, Pleitas (donde cruzaban el Jalón), Bárboles y Garrapinitos.

Desde el inicio del comercio de la nieve, a fines del siglo XVI, los carreteros del Pozuelo monopolizaron, en la práctica, el transporte de la nieve moncaína por «la proximidad de su pueblo a donde se carga la Nieve». Conscientes de su posición privilegiada, en 1783 se negaron a realizar el porte a tan sólo dos sueldos (un real de plata) por arroba, que era el precio usual. El arrendador zaragozano, Cristóbal Arnal, hubo de recurrir a carreteros de

«Los portes casi triplicaban el coste de la nieve. La nieve que se trajo desde Herrera de los Navarros hasta Zaragoza en 1665 se contrató a un sueldo la arroba»



Trabajos de restauración en la nevera del Calvario, Fuentetodos, Zaragoza (agosto del 98). Foto: José Luis Ona.

Fuentetodos, Valmadrid y de la propia Zaragoza, pero la experiencia fue desastrosa para sus intereses pues éstos obtuvieron 6 reales de plata por cada día que estuvieran parados «por falta de despacho», que fueron muchos. Además ocurrieron «enfermedades de carreteros y caballerías», mientras que estos trastornos se minimizaban con los del Pozuelo en razón de que allí «siempre se obligan seis o ocho carros más de los necesarios» y como el escribano del lugar llevaba lista «y por ella nombra a los que les toca diariamente subir al cargadero» resulta que los que están en reserva se ocupan en el trabajo de sus tierras o pueden, en su caso, suplir a los enfermos.

Por si fuera poco los carreteros contratados, acostumbrados a mejores caminos, se negaron a pasar por los del término de Pleitas «por estar intransitables», cuyo arreglo hubo de costear el propio arrendador.

Tras un largo y curioso pleito que hoy conocemos detalladamente fueron los

carreteros de Pozuelo los que siguieron transportando la nieve del Moncayo por «su camino» y así lo recuerda hoy la tradición local.

Obligaciones y derechos

A menos que por alguna urgencia se contratara una provisión extraordinaria de nieve mediante carta privada, lo usual era formalizar ante notario la correspondiente «contrata» u «obligación» entre abastecedores y arrendadores para un tiempo determinado.

Los pactos solían ser prolijos para evitar los siempre costosos pleitos. El 28 de diciembre de 1767 se obligaron once neveros de Fuentetodos y el arrendador zaragozano Cristóbal Arnal ante el escribano Isidro de Grassa para el abastecimiento de la capital por tiempo de tres años. No se contrataba una cantidad de nieve determinada sino que se establecía que «mientras aya [nieve] en los pozos» y siempre que el arrendador la necesitase. Caso de que nevara o helara en la propia Zaragoza, Arnal se comprometía a tomar 3.000 @ anuales al precio ajustado.

Se ajustó un precio de 24 dineros la arroba, incluidos portes, y la nieve puesta en Zaragoza a las puertas de las neverías. Se descontaba a favor del arrendador 1 arroba por carretada en razón de «tala» (tara), más 6 libras (1 libra, #, = 0,35 kg) en cada pesada por «la tala de la capaza» en la que se pesaba la nieve.

El arrendador se obligaba a descargar inmediatamente la nieve nada más llegar a destino y a pagarla sin tardar más de una o dos horas después de la pesada.

Las «órdenes» por las que se pedía la nieve necesaria debían de llegar a Fuentetodos con 24 horas de antelación y los carros se obligaban a llegar a Zaragoza al día siguiente «por la mañana». En caso contrario los neveros consorciados pagarían la multa que le correspondía al arrendador por el súbito desabastecimiento. Aunque aquellos quedarían libres de pena si el retraso se ocasionaba por «rotura de carro, enfermedad de mula o hotro acaso [accidente] fortuito e incojitado», siempre que presentaran testimonio o certificado de la justicia del lugar inmediato al accidente.

«Las "órdenes" por las que se pedía la nieve necesaria debían de llegar a Fuentetodos con 24 horas de antelación y los carros se obligaban a llegar a Zaragoza al día siguiente "por la mañana"»

Si por cualquier motivo se necesitase que los carros, una vez en camino, apresuraran su marcha el arrendador se comprometía a pagar una gratificación sustanciosa: 4 reales de plata si se encontraban entre María de Huerva y Zaragoza y 6 reales si entre Jaulín y María.

La venta al por menor

Adosada a los pozos urbanos solía haber una «casetica» donde se pesaba y vendía el hielo. Así sucedía en Lalueza y otros lugares. Donde no la había, el hielo se vendía en la propia casa del arrendador.

En Caspe la caseta estaba en medio de la plaza, comunicada con el pozo a través de una larga escalera. Allí, a fines del siglo XVIII, no sólo se vendía el hielo sino que los neveros estaban autorizados por el ayuntamiento para despachar agua fría, a modo de pequeña botillería.

En las ciudades y villas crecidas la venta al público requería de un sistema de venta tanto más complejo cuanto mayor fuera la población. En Alcañiz y a fines del siglo XVII (según datos obtenidos por Alberto Bayod) había dos despachos de nieve que se repartían el abastecimiento

de la ciudad. Como los salarios de los vendedores corría a cuenta de los arrendadores, éstos procuraban aminorar el número de tiendas. Así se puede entender que hubiera una sola nevería para todo Alcañiz durante el siglo XVIII. Esta única nevería se habilitó en un lugar céntrico, los bajos de la Lonja, y se aprovechó la ocasión y la amplitud de los subterráneos medievales para establecer allí no sólo la tienda sino también el «almacén» o depósito del hielo que se traía de los pozos.

Don Antonio Abarca, señor de Serué y arrendador de la nieve de la ciudad de Huesca, se quejaba en un memorial elevado al concejo en 1671 de la obligación de tener abiertas dos tiendas a sus expensas, pues se multiplicaban los gastos. También pedía que se le aliviara de la carga de vender la nieve a cualquier hora del día y de la noche.

En la capital del Reino, las capitulaciones más antiguas ya señalaban siete «puestos» de venta, que debían de estar en la calle de la Sombrerería (actual c/ de Prudencio y Convertidos), Albardería (Juego de Cerdán, hoy de César Augusto), plaza de San Gil, plaza de la Magdalena, plaza de Santa Marta, calle de San Blas (junto a «la Penitencia») y, por último, la

«En las ciudades y villas crecidas la venta al público requería de un sistema de venta tanto más complejo cuanto mayor fuera la población»

Nevera del Calvario, Fuendetodos, Zaragoza (agosto del 98). Foto: José Luis Ona.



«Los de la Magdalena, Sombrerería y San Blas retrasaron el cierre hasta el 17 de octubre con el fin de atender el gran consumo de hielo que se registraba durante las fiestas del Pilar»

del Arrabal. Las neverías de la Albardería y de la plaza de Santa Marta, las de mayor venta durante el siglo XVII, estarían abiertas todo el año, las demás sólo desde el primero de mayo al primero de octubre. El horario de apertura era entonces desde las cinco de la mañana a las once de la noche, «y para los enfermos a todas horas de día y de noche».

No siempre se respetaba lo establecido en las capitulaciones. Los arrendadores, muy a menudo, solían obtener de la Ciudad cambios que concernían a la ubicación exacta de las neverías, la amplitud de la temporada de venta o la variación de horarios o, por el contrario, la Ciudad establecía novedades en beneficio del público.

En 1665 no abrió el puesto del Arrabal, y el de San Gil, el tercero en ventas, lo hizo durante toda la temporada. En lugar de cerrar el 1 de octubre los de la Magdalena, Sombrerería y San Blas retrasaron el cierre hasta el 17 de octubre con el fin de atender el gran consumo de hielo que se registraba durante las fiestas del Pilar.

A partir de 1724, en virtud del concordato entre la ciudad de Zaragoza y el «Estado Eclesiástico» por el que los reli-

giosos obtuvieron separación en el abasto de la nieve, se establecieron las llamadas «neverías eclesiásticas», que en 1805 estaban situadas en la calle de San Pablo, en la de la Puerta Cineja, calle de la Cuchillería y calle del Medio.

Por sus mejores precios, fruto de una buena administración, muchas personas civiles intentaban con diversas triquiñuelas abastecerse en las neverías eclesiásticas, aunque estaba fuertemente penado. Tan sólo los que gozaban de «inmunidad» y estaban dotados de una «tablilla» acreditativa podían hacerlo.

Las «neverías» zaragozanas nunca fueron edificios singulares. Los despachos de venta estaban en los patios de aquellos edificios de viviendas que en el siglo XVII alquilaba el «arrendador de la nieve» y donde vivían los neveros con sus respectivas familias.

El parco ajuar existente en las neverías es bien conocido por estar sujeto a inventario. El efectuado el 18 de enero de 1777 ofrece los siguientes enseres en la tienda de la plaza de Santa Marta: «un peso de tablas con sus cuerdas y carrazon de yerro, una pesa de quatro arrobas de piedra con sortijas de yerro, otra de arroba y media de piedra con sus sortijas de yerro, otra de una arroba de piedra con sus argollas de yerro, otra de una arroba de yerro, media arroba de lo mismo y una pesa de doze libras de lo mismo, otra de cinco arrobas de piedra».

Para evitar fraudes en el peso, se solía exigir en algunos lugares que el platillo de la balanza estuviese agujereado.

No existían subterráneos especiales para la conservación de la nieve, y la que no se podía vender se perdía en las neverías tras un «infructuoso derretimiento», según gráfica expresión del arrendador Lozano en el año de 1801.

No se entiende bien que el concejo zaragozano, con las rentas obtenidas del arrendamiento, dejara de acometer la construcción de un almacén o «casa de la nieve» donde se guardara tan perecedero producto, en reserva, y evitar así las numerosas «faltas» que ocurrían. A no ser que se juzgara esta ausencia como una saneada fuente de ingresos complementarios, por las multas que se imponían cada vez

Detalle de la entrada de la nevera de Azuara, Zaragoza (julio del 98). Foto: José Luis Ona.



que faltaba el abasto («con penas rigurosas por cada hora que le falte»).

La existencia de «repuestos» o almacenes, donde la nieve se depositaría temporalmente antes de llevarla a las tiendas, era algo poco habitual, siempre a expensas de los sucesivos arrendadores y ligado a episodios tales como visitas reales, fiestas importantes o épocas de previsible carestía de nieve.

La visita real a Zaragoza en 1759 coincidió con un mal año de nieves, de tal manera que hubo de traerse desde Beratón, en el Moncayo de Castilla. El arrendador Manuel Seguro hubo de acondicionar entonces cuatro bodegas, a modo de «repuesto», para asegurar el abastecimiento de nieve para la comitiva real.

A finales de verano de 1765 comenzó a fallar el abasto de la nieve contratada en Talamantes. Para evitar su falta, el Alcalde Mayor, el licenciado Pedro Chacón, providenció que el arrendador Antonio Cortés tuviese dentro de la ciudad «un repuesto de nieve correspondiente a su numeroso vecindario, de ciento o mas arrobas, en paraje comodo, entre paja, y encima de tablas no muy unidas, para que no se detenga el agua que escupa y arroge dicha nieve, su mejor conserbacion y beneficio de dicho Abastecedor, egecutandolo en caso necesario a sus expensas, por la esttacion rigurosa de calores y fiestas proximas de Nuestra Madre, Patrona y Señora del Pilar». El 11 de octubre, víspera de la fiesta, tuvo lugar el registro de su casa y, en efecto, se encontraron «en un cuarto baxo, junto al patio» 27 panes de nieve de 5 @ cada uno como reserva.

Un patrimonio poco valorado

En opinión de Ada Acovitsiotí, la industria tradicional de la nieve, además de una gran cantidad de documentos referidos a la fabricación y comercialización del producto, nos ha dejado un patrimonio de enorme interés en forma de cientos de monumentos singulares: los pozos y neveras. Un valioso patrimonio que, según la investigadora griega, debe de ser motivo de reflexión y estudio para historiadores, etnólogos, arquitectos y arqueólogos. También, se podría añadir, para los gestores públicos de nuestro patrimonio.



Nevera de Azuara, Zaragoza (julio del 98). Foto: José Luis Ona.

¿Cuántas neveras funcionaron en nuestra tierra?, ¿cuántas han sobrevivido al paso del tiempo? Escaso interés ha suscitado hasta el momento su estudio, a pesar de la importancia económica que supuso el comercio de la nieve, o de la monumentalidad de algunos ejemplares, obra, sin duda, de reconocidos arquitectos dada la complejidad técnica de su construcción.

En Aragón, este patrimonio sigue sin conocerse en toda su amplitud y todavía hoy se siguen destruyendo y terraplenando neveras. Las más afortunadas sirven de estercoleros y muladares en la mayoría de nuestros pueblos.

En 1994, el ayuntamiento de Fuendetodos y el duro trabajo manual de José Román Roche y Gonzalo Torres lograron recuperar la monumental nevera de la Culroya. Hoy es uno de los símbolos arquitectónicos del pueblo natal de Goya y auténtica sorpresa para sus visitantes.

Desde entonces, particulares y entidades han resuelto recuperar las de Belmonte de Mezquín, Uncastillo, Albalate del Arzobispo, Used, Ibdes, Cella... Un rosario de actuaciones, a veces más bienintencionadas que afortunadas, que están logrando suscitar un saludable interés por el desconocido mundo de la nieve.

Pero toda nueva experiencia sea bienvenida. Limpiar y recuperar una nevera

«La visita real a Zaragoza en 1759 coincidió con un mal año de nieves, de tal manera que hubo de traerse desde Beratón, en el Moncayo de Castilla»

no es tarea fácil ni grata. En las tres últimas que se han limpiado en Fuentetodos (las del Calvario, la Roza y la Obra de los Moros) se han retirado una media de diez camiones de basuras en cada una de ellas, aunque la primera, a cambio, ofreció tres preciosas sierras de cortar hielo. Luego sigue el delicado trabajo de su consolidación.

La semilla está echada. Ahora es tarea de todos catalogar, recuperar y dar a conocer este patrimonio. Cuando esto se escribía, la Unión Europea resolvió aprobar un programa «Rafael» al ayuntamiento de Fuentetodos para organizar el año próximo el «II Encuentro Internacional sobre la Industria Artesanal del Hielo y de la Nieve». Enhorabuena. ■

Para saber más

AYUSO, Pedro A. y PAINAUD, Albert, «Producción y comercio de la nieve-hielo en el somontano oscense», *Somontano*, 5, Barbastro, 1995, pp. 89-105.

BALAGUER, Federico, «Notas sobre pozos de nieve en el Altoaragón», *Argensola*, 89, Huesca, 1980, pp. 73-82.

BENITO, M., «Pozos de nieve», *Diario del Alto Aragón*, (Domingo a domingo, p. 5), 1-III-1998.

BRESSEL, C. y MARCO, R., «La nevera», en *Catálogo Monumental de Caspe*, Ed. Grupo Cultural caspolino, Caspe, 28 de junio de 1981, p. 169.

GABRIEL PONCE, Francisco de Asís, «Historia: el pozo de hielo», *El Recautillo* (Revista de Lalueza, San Lorenzo y Marcén), 5, sept.-oct.-1996, pp. 12-13.

NAVARRO LÓPEZ, José Miguel, «Pozos neveros en Serrablo», *Serrablo*, 108, Sabiñánigo, junio 1998, pp. 10-12.

ONA GONZÁLEZ, José Luis, «1767. Aquellos carros cargados de nieve», *Caminos y viajeros de Fuentetodos en tiempos de Goya*, Pequeños Recorridos de Goya, Ed. Prames, Zaragoza, 1997, pp.33-49.

PAINAUD, Albert y AYUSO, Pedro, «El comercio de la nieve en Huesca durante los siglos XV a XIX», *Bolskan*, 11, Huesca, 1994, pp. 173-191.

TORRES, Gonzalo y ROCHE, José Román, «Fuentetodos y sus neveras» (tríptico), Ed. Consorcio Goya-Fuentetodos, primera ed. 1994, segunda ed. 1998.



Nevera de Belmonte de Mezquín. Foto:Alberto Bayod.

Archivos y bibliografía

Para la realización de este trabajo se han consultado diferentes archivos aragoneses:

Archivo Municipal de Zaragoza (AMZ), Fondo «Nieve» y Libros de Actos Comunes.

Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), Pleitos Civiles y Expedientes del Real Acuerdo.

Archivo Histórico de Belchite (AHB), Protocolos Notariales.

Archivo Histórico de Protocolos de Zaragoza (AHPz).

Archivo Municipal de Perdiguera (AMPerd.) Libros de cuentas.

Archivo Municipal de Villamayor de Gállego (AMVG), depositado en AMZ desde 1911.

Archivos particulares de Villamayor de Gállego.